

LIAN TANNER

LOS

TRUHANES



GUERREROS EMBRUJADOS

De la autora del *best seller* «El museo de los ladrones»

LOS
TRUHANES
GUERREROS EMBRUJADOS

LIAN TANNER

LOS
TRUHANES
GUERREROS EMBRUJADOS

Traducción de Jaime Valero Martínez

ANAYA

Título original: *The Rogues Trilogy. Haunted Warriors (Book 3)*

1.ª edición: octubre de 2021

© Del texto: Lian Tanner, 2019

Publicado por primera vez en Australia por Allen & Unwin, 2019

© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2021

© Grupo Anaya, S. A., 2021

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Publicado por acuerdo con Allen & Unwin,
a través de International Editors'Co Barcelona.

Diseño de cubierta de Joanna Hunt
Ilustración de cubierta de Sher Rill Ng

ISBN: 978-84-698-8865-0

Depósito legal: M-14542-2021

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE



1. La Maldición	11
2. Si alguien te ve	16
3. El corrupto	22
4. Creíamos que el peligro ya había pasado	25
5. ¿Cómo vamos a esquivarlos?	34
6. El <i>novesná</i>	40
7. La gallina Bayam	45
8. ¡Traidores!, ¡villanos!, ¡espías!	47
9. Prisioneros	53
10. El consejo privado	60
11. Venimos a alertar de un gran peligro	64
12. ¡IIK!	71
13. Desastre	73
14. ¡Correr!	79
15. Una oportunidad	83
16. Las mazmorras	88
17. No me delatéis	95
18. Un principio de indigestión	101
19. Yo los entretendré	106
20. Si la senda es estrecha... ..	113
21. Gobernaré Neuhalt	118

22.	Las historias importan	123
23.	Que vivan las ejecuciones	130
24.	Forúnculos y vómitos negros	136
25.	Ya se te ocurrirá algo	144
26.	¡He... vuelto!	152
27.	Un halo frío y atroz	155
28.	Óxido al hierro	161
29.	La hidalga se está muriendo	165
30.	Muchísima sangre	171
31.	Una necesidad tan extrema	177
32.	Una enfermedad espantosa	182
33.	Con su nombre en los labios	186
34.	Exceso de <i>jik!</i>	191
35.	¿Cuántas estancias hay en la fortaleza?	193
36.	Tres zanahorias pochadas	199
37.	Piedra y hueso	205
38.	Sus bramidos furiosos	207
39.	El fantasma de la marquesa	214
40.	Pisadas atronadoras	219
41.	La peor pesadilla imaginable	224
42.	Puedo ayudarte a dormir	230
43.	Una ronda de aplausos	234
44.	Está por todas partes	240
45.	Propuestas de riqueza y poder	244
46.	¿Dónde... se... esconden... los... niños?	249
47.	Ven rápido	254
48.	Queremos hacer un trato	259
49.	Los ancestros	265
50.	Las historias que habríais protagonizado	274

51. ¡Aún sigue aquí!	283
52. ¡Apresadlos!	287
53. Abuelo	295
Mientras tanto... ..	305
Agradecimientos	307

*Para Vix, por la amistad, las tazas de té
y los cestos de mimbre que nos unen.*

1

LA MALDICIÓN



Vista desde lejos, la maldición parecía un nubarrón negro y furibundo. Una parte se extendía sobre la ciudad de Berren, pero la porción más densa recaía sobre el inmenso castillo conocido como la Fortaleza. Ánade se estremeció al verla.

—Nos dirigimos allí —le susurró al Viento Yayo—. Justo en mitad de ese nubarrón.

El Viento Yayo refunfuñó, y la lona que con tanta suavidad había transportado a Ánade y a sus amigos por el cielo desde el día anterior pegó una sacudida y se ladeó.

Collejo sujetó a Otte. Ánade cogió a la gata en brazos. Sooli agarró a la gallina.

El abuelo de Ánade, que se hacía llamar lord Pompis, agarró su bastón con una mano y se aferró a la lona con la otra, después exclamó:

—No nos despeñaremos, ¿verdad, querida? Me he acostumbrado a este maravilloso medio de transporte y no me gustaría acabar de mala manera.

La única que permaneció inmóvil fue la maestra de armas Krieg. Se quedó sentada con la espada sobre el regazo y la mirada puesta en Otte, lista para agarrar de inmediato al niño si corría el peligro de caer.

Pero, para alivio de todos, el Viento Yayo volvió a serenarse, aunque a Ánade le pareció que la lona había perdido fuelle, como si el viento fuera reacio a llevarlos adonde querían ir.

No, no es que quisieran. Ánade no tenía ninguna gana de regresar a la Fortaleza, con todos sus peligros y conspiraciones. Pero no tenían más remedio que ir allí, cuanto antes, mejor.

—¿Por qué nos ha zarandeado el viento de ese modo?
—preguntó la maestra de armas Krieg, cuando los demás se tranquilizaron y dejaron de agarrarse unos a otros.

Ánade señaló hacia el nubarrón negro que se extendía frente a ellos.

—Allí. Es la maldición. ¿Es que no la veis?

Collejo asintió y su rostro campechano palideció. Sooli se mordió el labio. La gallina meneó la cabeza con nerviosismo, como si quisiera decir una docena de cosas distintas, pero no encontrara el modo de expresarlas.

—Maaaala —murmuró la gata.

Pero Krieg, lord Pompis y Otte negaron con la cabeza.

—Yo no veo nada más que la ciudad —dijo el niño—. ¿Dónde está la maldición? ¿Qué aspecto tiene?

Sus cuatro ratoncitos blancos, que correteaban sobre su hombro alzando el hocico al viento, le murmuraron algo al oído. Otte trató de incorporarse y alargó el cuello

para ver mejor. De inmediato, lord Pompis y la maestra de armas lo sujetaron.

—Señorito —dijo Krieg—, no debéis ponerlos en peligro.

—Y menos ahora —exclamó lord Pompis, aferrado a la pierna de madera de Otte como si le fuera la vida en ello—. Eres la persona más importante de Neuhalt, aunque por ahora solo lo sepamos nosotros. Tu muerte sería una tragedia.

Otte suspiró y dejó que lo devolvieran a su sitio.

—Pero ¿qué aspecto tiene?

—¿Ves el castillo? —preguntó Collejo.

Otte asintió con la cabeza y sus ratoncillos se aferraron al cuello de su camisa para no caerse, protestando.

—La maldición se extiende por encima como una tormenta —explicó Collejo—. La diferencia es que las tormentas pueden ser hermosas, pero la maldición es espantosa. —Miró a la gallina con un gesto de disculpa—. Lo siento, pero así es.

La gallina, que solamente se había comunicado una vez con Ánade en sueños, no dijo nada. Pero tanto ella como Sooli tenían cara de preferir estar en cualquier otro sitio que no fuera ese.

—Espantosa o no —dijo lord Pompis, frotándose las manos—, parece que pronto tendremos que aterrizar y prepararnos. Todos hemos podido echar una cabezada, pero necesitamos asearnos, ropa limpia y algo de comer antes de aproximarnos a la Fortaleza. Después analizaremos la situación y...

—No hay tiempo para eso, abuelo —repuso Ánade—. El Corrupto vendrá a buscarnos en cuanto pueda. Tenemos que entrar en la Fortaleza y averiguar quién lo trajo de entre los muertos y cómo podemos devolverlo a la tumba antes de que...

Su abuelo la interrumpió:

—¿El Corrupto puede volar hacia el norte desde el sur de Neuhalt? ¿Puede invocar un viento para que lo transporte, tal y como ha hecho mi inteligentísima nieta? ¿No? Entonces tendrá que caminar desde las minas de sal hasta Berren, y es una distancia considerable. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Para comer, sí —dijo Sooli, con un ligero acento que denotaba que el neuhaltés no era su lengua materna—. Pero la ropa...

Lord Pompis levantó una mano para hacerla callar.

—La ropa es tan importante como la comida, jovencita. ¿Quién nos tomaría en serio con estas pintas?

No le faltaba razón. Apenas un día y medio antes, todos ellos (salvo la gata y la gallina) habían sido esclavos en las minas de sal, y todos estaban sucios y famélicos. Sooli era la peor parada —había pasado al menos tres meses en esas minas—, pero ninguno de ellos estaba en su mejor momento. Tenían restos de tierra y sal en la cara, el cabello apelmazado y la ropa hecha jirones.

Es más, el abuelo aún llevaba puestos los restos de un vestido inmenso que había formado parte de un disfraz. Otte también llevaba un vestido. Tuvieron que desgarrar la falda para confeccionar unos vendajes, así que ahora más

bien parecía una túnica, pero desde luego el niño no aparentaba ser quien era en realidad. A pesar de todo, Ánade dijo:

—No hace falta que nos tomen en serio. No vamos a entrar por la puerta principal y a anunciar nuestra llegada. No deben vernos, sobre todo a Sooli. Así que entraremos a hurtadillas y nos mantendremos de incógnito durante todo el tiempo posible. Ya lo acordamos, abuelo. Todos estábamos de acuerdo.

El viento pasó silbando junto a los oídos de Ánade. La ciudad estaba cerca. La lona descendió hacia el suelo.

Otte se aclaró la garganta, fijó la mirada sobre la Fortaleza y dijo:

—Sí que vamos a necesitar ropa limpia. Me parece bien que los demás entréis a hurtadillas. Pero yo llevo toda la vida escondiéndome, fingiendo ser alguien que no soy, y ya estoy hartito. Así que la maestra de armas Krieg y yo entraremos por la puerta principal.

2

SI ALGUIEN TE VE



—**N**o vamos a robar nada —dijo Collejo, dos horas después—. Solo porque necesitamos comida y ropa no significa que tengamos derecho a quitárselo a alguien.

Se habían congregado en una casa abandonada, situada en mitad de la calle donde los depositó el Viento Yayo. Del suelo emergía un ciruelo que atravesaba el tejado, los muros de yeso estaban resquebrajados, y las esquinas estaban infestadas de polvo y telarañas.

Collejo seguía mareado tras el aterrizaje. Y la maldición, que no había percibido la última vez que estuvo en Berren, le produjo migraña. Pero no pensaba ceder a la propuesta de robar. Lord Pompis meneó la cabeza, apenado.

—Entonces nuestra misión fracasará antes de empezar, mi querido muchacho. A no ser que lleves algo de dinero encima. Yo, desde luego, no. Y si no podemos comprar lo que necesitamos, lo más sensato será llevárnoslo sin preguntar.

Collejo miró a Ánade, que dijo:

—El abuelo tiene razón, sin dinero no podemos comprar nada. Si queremos comida y ropa, vamos a tener que robar.

—Justo lo que yo decía... —comenzó a decir lord Pompis.

—Pero podríamos hacer una promesa —añadió Ánade—. Una promesa por escrito. Por la cual, en cuanto tengamos algo de dinero, regresaremos a pagar la deuda.

Consternado, lord Pompis enarcó sus pobladas cejas.

—¿Quieres dejar algo por escrito? No, no, no, jamás hay que dejar nada por escrito. Diantres, cuando estuve cazando a los hombres perro de Estevia Exterior...

—Decidido, entonces —interrumpió Ánade—. Iremos el abuelo y yo. Los demás quedaos aquí, no tardaremos.

Lord Pompis y Ánade se marcharon a toda prisa, sin parar de discutir. Estuvieron fuera una hora, durante la cual Collejo solo pudo pensar en dos cosas: la comida y el Corrupio. En su cabeza, unos ojos llameantes se mezclaban con unas gachas calientes; había salchichas con puré de patata al lado de unos dientes de hierro, un cráneo huesudo y un monstruo que dejaba pisadas de hielo allá por donde pasaba.

Los niños ya habían escapado del Corrupio tres veces, y cada cual fue más ardua que la anterior. Hace un día y medio, le había faltado tan poco para matar a Otte —y a todos los demás— que a Collejo le seguían temblando las rodillas solo de pensarlo. Si se salvaron fue gracias a la brujería de Ánade.

«No —se recordó—. No es la hechicería de Ánade, es la de Sooli. Y cuando esto termine, Ánade tendrá que devolvérsela. Del mismo modo que yo tendré que devolver el *raashk*».

Se entristeció al pensar en eso. Se había acostumbrado a ser algo más que un simple granjero. Incluso se había acostumbrado a poder atravesar las paredes.

En cualquier caso, estaba decidido a devolver el *raashk*. Era la herencia de Sooli y no podía arrebatarársela.

De hecho, ya se lo habría devuelto, igual que habría hecho Ánade con la Bendición del Viento. Pero, según la gallina, un niño es más vulnerable que la suma de tres. Una rama podía romperse, pero tres resistirían.

Eso significaba que, si el Corrupto capturaba a uno de ellos, los otros dos aún tendrían el poder necesario para arreglarlo.

Collejo miró a la gallina. Costaba recordar que en realidad fuera una hechicera de quinientos años de edad, la Bayam de Saaf, que había sido víctima de su propia maldición. En ese momento, estaba acurrucada bajo un haz de luz que se filtraba por un agujero en el tejado, con los ojos entornados y un ala negra extendida, como una gallina normal y corriente.

«Ojalá no haya vuelto a olvidar quién es», pensó Collejo.

Cuando Ánade y lord Pompis regresaron por fin, llevaban un fardo de ropa variada y una docena de pasteles calientes. Lord Pompis tenía cara de fastidio. Ánade parecía furiosa. Cuando la muchacha le dio un pastel a Collejo, dijo:

—Dejé una nota donde prometía que pagaremos por lo que nos hemos llevado, pero el abuelo la robó. Tuve que volver y dejar otra, y después vigilarle todo el camino para que no se escabullera y se deshiciera de esa también.

Collejo asintió, nada sorprendido, y soltó un gemidito de placer cuando probó el pastel.

Todos comieron con avidez. Otte extrajo unas migas de hojaldre y las compartió con su ratones. Sooli, la maestra de armas Krieg y la gata masticaban y tragaban, sumidas en un silencio tenso. La gallina se abalanzaba sobre los guisantes y trocitos de carne como si fueran arañas tratando de escapar.

Al rato, desaparecieron todos los pasteles menos uno. Lord Pompis lo miró con gesto lastimero.

—Creo que este te corresponde, maestra de armas. No quería que te quedaras con hambre, por más que mi barriga no esté ni medio llena. —Puso cara de corderito degollado—. Cómetelo, por favor. Necesitas ese alimento más que yo.

La maestra de armas Krieg sonrió de medio lado, cogió el pastel y dijo:

—¿Cuántos te comiste durante el camino de vuelta?

—¿Qué? ¡Ninguno! —respondió lord Pompis, haciéndose el ofendido.

—Tres —respondió Ánade, mientras masticaba su último bocado.

Mientras la maestra de armas comía, lord Pompis repartió calzas y pantalones, camisas y chaquetas. A Sooli le dio una larga toga de color azul y dijo:

—Ánade la ha buscado para ti. Tiene una capucha con la que podrás ocultar tu rostro y bolsillos para meter las manos. Te sugiero que te la pongas antes de que salgamos de este refugio. Si algún lugareño ve el color de tu piel, te arrestarán enseguida y te acusarán de ser una espía saffí.

Otte, que seguía arrancando trocitos de hojaldre, alzó la cabeza.

—No los llames «saffies», lord Pompis, es una grosería. Los paisanos de Sooli son los *saaf*.

Lord Pompis enarcó ambas cejas.

—Mis disculpas, joven Sooli, no pretendía ofenderte. Entonces, ¿se dice «saaf»? No lo olvidaré. Pero mi advertencia sigue en pie. No llames la atención.

Entonces el abuelo se dio la vuelta hacia la maestra de armas Krieg.

—También tenemos un chaquetón para ti, con el que disimular tu espada mientras recorremos la ciudad. Por favor, no intentes matar a nadie a no ser que sea indispensable.

Lord Pompis dejó de hablar el tiempo necesario para intercambiar su vestido mugriento por unos pantalones de buena factura, una camisa y un chaleco. Incluso había encontrado una pañoleta, que se anudó alrededor del cuello con mucho esmero.

—Ya me siento persona otra vez —dijo—. Es una pena que no podamos bañarnos, pero nuestro olor corporal no llamará la atención entre nuestros amigos de la Fortaleza, que no son muy dados al agua y el jabón. Ánade, métete la camisa por dentro. Otte, tienes restos de salsa

en la barbilla, haz el favor de limpiarte. Tenéis que parecer gente respetable, todos sin excepción, y no una panda de maleantes. ¿Preparados?

Collejo asintió. Sooli tragó saliva y se caló la capucha de su toga. Otte parecía muerto de miedo, pero dijo:

—Estamos preparados.

—En ese caso —dijo lord Pompis, que se puso de medio lado para que todos pudieran ver su ilustre perfil—, pongámonos en marcha. Nuestro peor enemigo se ha quedado muy rezagado. Nuestro destino nos espera. Adelante, amigos míos. ¡Marchemos hacia la fortaleza de Berren!

3

EL CORRUPPIO



El Corrupio era cada vez más fuerte y astuto. Nada más regresar de la tumba, era poco más que un puñado de huesos y cartílago. Pero a cada persona que mataba, una nueva capa de carne amarillenta iba cubriendo esos huesos; y a cada fantasma que devoraba, mayores eran sus conocimientos.

Los recuerdos de otras personas reverberaban dentro de su cráneo. Los gustos y aversiones ajenos intentaban tomar el mando de su marchito corazón.

Un corazón tan pequeño y renegrido es incapaz de albergar amor. Pero el odio es capaz de aferrarse a cualquier cosa. Así que el Corrupio, que había empezado odiando tan solo a sus enemigos, muertos hace mucho tiempo, ahora odiaba a todo el mundo con la misma intensidad.

O casi. Su mayor odio estaba reservado para los niños que habían frustrado sus planes.

—Voy... a... destruirlos —bramó.

Primero mataría al pequeño Otte, al que seguía considerando como el heredero de Neuhalt. Pero él ya no era el heredero, por supuesto, no desde que el Corrupio asesinó a su madre, la marquesa. Ahora ese niño era el marqués, pero había sido heredero hasta hacía muy poco, lo que significaba que, si el Corrupio conseguía derramar su sangre, se volvería tan poderoso que nadie podría detenerlo.

—Gobernaré... Neuhalt. —El Corrupio hizo crujir sus huesudos nudillos—. Mataré... a... todo... el... que... me... desafío. Y... empezaré... por... esos... niños.

Pero antes tenía que atraparlos.

No podía dar órdenes al viento, como hicieron ellos, y no tenía paciencia para volver caminando hasta la ciudad. Tardaría una eternidad. Así que se plantó en mitad de la carretera y rebuscó entre los recuerdos de los fantasmas que había devorado, como si fuera un ave de rapiña en un campo de batalla.

¿Felicidad? Bah, eso no lo llevaría hasta la ciudad. Tampoco los recuerdos familiares, ni los divertidos. (El Corrupio no entendía el concepto de «diversión», a no ser que implicara espadas. Y litros de sangre). Ignoró la música, la belleza y la risa de los bebés. Se burló de la bondad. Se rio de la amistad. Se...

—Un momento —gruñó.

En el recuerdo de uno de los fantasmas que había devorado poco antes, había una cometa. Normalmente, un juguete así habría entrado dentro de la patética categoría de lo divertido. Pero esa cometa era enorme. Hace muchos

años, había estado a punto de levantar del suelo a su pequeño propietario...

El Corrupio alzó la mirada. En lo alto, proyectando su silueta sobre el cielo, revoloteaba el halcón gigantesco que lo acompañaba a todas partes. Era el ave más fuerte que había visto jamás; una criatura implacable que siempre obedecía sus órdenes, sin importar lo que le pidiera.

Alzó el puño y el halcón descendió, envuelto en el batir de sus alas.

El Corrupio le agarró las patas entre sus huesudos dedos, reunió el poder que había arrebatado a un centenar de almas agonizantes y dijo:

—Sigue... a... los... niños.

El halcón lanzó un graznido que resonó por el sur de Neuhalt, marchitando la hierba y ahuyentando a los conejos, que corrieron aterrorizados hacia sus madrigueras. Luego desplegó las alas y, tras batirlas con una fuerza desmesurada, alzó al Corrupio por los aires.

Su armadura repiqueteó. Su corazón traqueteó como una cáscara de nuez al chocar contra sus costillas. El Corrupio esbozó una sonrisa horripilante que dejó al descubierto sus dientes de hierro.

Puede que no les pisara los talones a esos niños. Pero llegaría hasta ellos mucho antes de lo que esperaban.

4

CREÍAMOS QUE EL PELIGRO YA HABÍA PASADO



La fortaleza de Berren se alzaba sobre una roca inmensa, con un sendero largo y sinuoso que conducía hasta ella. Durante la última visita de Ánade, el abuelo seguía haciéndose pasar por el embajador de las islas Ingrávidas. Aquella vez recorrieron la carretera en un carricoche de alquiler, con Collejo sentado entre ambos.

Esta vez lo hicieron caminando, con el nubarrón negro que Ánade había visto desde lejos pendiendo sobre sus cabezas como una niebla funesta. El abuelo, Otte y la maestra de armas Krieg seguían sin poder verla. La gata sí podía, aunque no parecía afectada. Por su parte, Collejo y Sooli parecían tan inquietos como Ánade.

Sooli aferró a la gallina Bayam entre sus brazos y dijo:

—Esta roca es sagrada para mi pueblo. Nunca debieron construir aquí el castillo. Fue ahí cuando empezó a torcerse todo. Preferiría estar en cualquier otra parte.

La gallina suspiró, como para mostrarse de acuerdo. El abuelo, que se estaba esforzando mucho para disimular que le faltaba el aliento, murmuró:

—Todos lo preferiríamos, jovencita. Pero aquí estamos y debemos aprovechar al máximo la situación. Otte, ¿sigues decidido a revelar tu identidad en la puerta principal?

Otte no estaba acostumbrado a caminar con una piedad de madera en vez de muletas, así que cojeaba mucho e iba apoyado sobre la maestra de armas Krieg. Pero al oír la pregunta de lord Pompis, se irguió, cuadró los hombros y asintió.

—Entonces será mejor que te peines —dijo el abuelo de Ánade—. Collejo, cuidado con ese carro. Si te atropella, los demás no podremos atravesar las puertas sin ser vistos.

Ánade y sus compañeros no eran los únicos que estaban en la carretera. A esa hora del día, estaba abarrotada de carros tirados por caballos, repletos de gansos, sacos de cebada, barriles de cerveza y vino, cestas de pescado, jaulas con pollos, trigo para moler y patatas para hornear.

En la Fortaleza vivían cientos de personas, pero la maldición les impedía salir de allí; desde la cuna hasta la tumba, estaban atrapados dentro de esos elevados muros de piedra. Por más que hubiera sacos de harina y cubas de miel en las cocinas, y gansos, cerdos y gallinas en los corrales, no bastaban para alimentar a tanta gente. Sin esos carros de comida, los habitantes de la Fortaleza no tardarían en morir de hambre.

Sooli miró a los conductores, que iban sentados con paciencia en sus carros.

—¿A ellos no les preocupa la maldición? —susurró—. ¿No temen quedar atrapados en ella cuando atraviesan las puertas?

—Para empezar, no creen que sea una maldición —respondió Ánade—. Nadie lo cree...

—Eso ya lo sé —interrumpió Sooli—. Creen que se trata de un sabotaje y que mis paisanos son los culpables. Aun así, ¿no temen quedar atrapados?

Fue Otte el que respondió a esa pregunta:

—La maldición solo afecta a los forasteros que se quedan dentro de los muros después de medianoche. Hasta entonces, pueden entrar y salir libremente.

—Eso no lo sabía —susurró Sooli, que observó los carros con renovado interés.

Varios conductores estaban mirando a la gata, que era más grande y fea que la mayoría de los felinos. Pero no se fijaron en las personas que iban con ella.

—Están acostumbrados a los visitantes que se acercan a admirar el castillo más grande del hemisferio occidental —murmuró lord Pompis con disimulo—. Pero esos visitantes no suelen entrar. Collejo, confío en que podrás hacernos pasar a través de esa puerta sin que nos vean, igual que nos ayudaste a salir.

Collejo alargó los dedos hacia el bolsillo de sus pantalones bombachos robados.

—Supongo. Tendremos que preparar un cepto. Y andarnos con ojo para no chocar con los carros. Ni con los guardias apostados frente a la puerta.

—¿Qué es un cepto? —preguntó Sooli.

Collejo se dio la vuelta hacia ella con avidez.

—Es una espiral de guijarros que te hace desaparecer cuando la atraviesas. No sé muy bien cómo funciona, pero así fue como logramos sortear la maldición.

Ánade se estremeció al recordarlo. Adentrarse en el cepo los volvió invisibles, sí, pero también los condujo hasta un mundo extraño en el que estuvieron a punto de quedar atrapados para siempre.

—Es lo que mi gente llama un laberinto —explicó Sooli.

Luego examinó el suelo mientras caminaba y recogió varios guijarros, elegidos cuidadosamente, que se fue guardando en el bolsillo de uno en uno. La gallina masculló al ver cada guijarro, de un modo que le puso a Ánade los pelos de punta.

Había un buen trecho hasta la Fortaleza, pero al fin llegaron a la última curva. Justo antes de tomarla, la maestra de armas Krieg alzó una mano y dijo:

—Esperad aquí. Quiero ver lo que nos espera al otro lado.

—Excelente idea —dijo lord Pompis—. Pero iré yo, mejor que tú.

—¿Por qué? —Krieg frunció el ceño.

—Porque la situación exige sutileza, no fuerza bruta —respondió lord Pompis—. Si al otro lado de esa curva hay alguien a quien sea preciso abatir de un espadazo, no dudaré en avisarte.

La maestra de armas lo fulminó con la mirada.

—No me fío de ti, Pompis. Ya nos la has jugado dos veces; no permitiré que lo hagas una tercera.

—¡Qué injusticia! —exclamó el abuelo, dolido—. Cometo un par de errores inofensivos y no haces más que echármelos en cara una y otra vez.

—¿Inofensivos? —Krieg soltó una carcajada irónica—. Eres de todo menos inofensivo, y tus actos no fueron errores...

En ese momento, Ánade dejó de prestar atención y avanzó ella misma hacia la curva, haciéndose pasar por una visitante más que venía a admirar el castillo. La gata la siguió.

La primera vez que Ánade vio la Fortaleza de cerca, fingió que no era para tanto. Pero, en el fondo, se quedó asombrada al ver lo gigantesca que era. Sus muros exteriores se extendían desde una punta de la roca sagrada hasta la otra. Sus torres y almenas se alzaban hacia el cielo. Sus piedras eran tan frías y duras como el corazón del Corrupto.

«Deja de pensar en él —se dijo Ánade—. El abuelo tiene razón, le sacamos mucha ventaja. Concéntrate en lo que hay que hacer ahora».

Entreabrió la boca, como la visitante asombrada que fingía ser, y examinó la puerta principal, que se encontraba frente a ella. Estaba abierta, como era habitual a esas horas, y la larga fila de carros estaba esperando para entrar, lo cual también era habitual.

—Nunca había visto tantos guardias —le susurró a la gata.

—Máááás —coincidió la felina.

—Y no se están limitando a revisar la documentación. Están registrando los carros. Y a conciencia, además. ¿Qué está pasando?

No obtuvo respuesta de la gata, que prefirió no malgastar saliva con algo que no sabía. Así que Ánade regresó con los demás, contemplando con la boca abierta los carros, la roca y la ciudad que se extendía a sus pies, como si no tuviera nada mejor que hacer que admirar las vistas.

Lord Pompis y la maestra de armas Krieg seguían discutiendo.

—Si no confías en mí, me marcharé —farfulló el abuelo, cuando Ánade se acercó—. No pienso quedarme donde no me quieren. —Se dio la vuelta hacia su nieta—. Querida, no soporto más estos absurdos recelos. Di adiós, iremos a buscar aliados en otra parte. Creía que los habíamos encontrado aquí, pero me equivocaba.

Parecía completamente sincero. Pero Ánade conocía de sobra a su abuelo.

—Han incrementado la vigilancia de las puertas —informó—. Y están registrando cada carro que entra.

Lord Pompis borró el gesto lastimero de su rostro y sus ojos centellearon con interés.

—¿De veras? Vaya, vaya, vaya. Esto se pone interesante por momentos.

—¿Crees que nos están buscando? —preguntó Sooli, que miró con nerviosismo hacia los carros llenos de comida.

—No lo sé —dijo el abuelo—. Vamos a ver qué podemos averiguar.

Observó la fila de carros. Pero antes de que pudiera hablar con alguno de los conductores, un joven dobló la

curva a la carrera y recorrió el sendero hacia ellos. Lord Pompis lo saludó con la mano y exclamó:

—Herro, ¿puedo hablar contigo un momento?

Cuando el joven se acercó, Collejo soltó un grito ahogado.

—Es un finiquitador. —Señaló hacia la máscara hoci-cuda que colgaba del cinturón del joven y hacia el báculo con punta de hierro que llevaba en la mano—. ¡Que no te vea, Sooli!

La muchacha se caló todavía más la capucha y volvió a introducir las manos en los bolsillos de la toga. Collejo se desplazó, con una falta de disimulo tremenda, hasta situarse detrás de la maestra de armas Krieg.

Pero el joven no se fijó ni en Sooli ni en Collejo. Se detuvo el tiempo justo para decirle al abuelo:

—Lo siento, Herro, no puedo entretenerme.

Entonces intentó proseguir su camino. Pero lord Pompis se plantó frente a él con una sonrisa conciliadora.

—No es nuestra intención entretenerte. Solo queremos saber, si haces el favor, si las puertas estarán abiertas esta mañana. Hemos venido a visitar esta majestuosa ciudad y nos gustaría poder ver al nuevo marqués. Hemos oído maravillas sobre él...

—No podrán verlo —interrumpió el joven, que intentó sortear a lord Pompis sin éxito.

—No queríamos molestar a alguien tan importante, desde luego —dijo el abuelo—. Pero seguro que podremos asomarnos desde la puerta. El marqués podría estar dando un paseo y tener la gentileza de honrarnos con un saludo.

El joven soltó una risita nerviosa.

—Hoy no podrán acercarse a las puertas. Y mañana tampoco.

Tras decir eso, logró esquivar al abuelo. Pero entonces Krieg le cortó el paso.

—¿Por qué no? —inquirió la maestra de armas.

Incluso cuando estaba relajada, Krieg resultaba amenazante. Pero ahora, con la Fortaleza tan cerca y Otte bajo su protección, parecía una osa defendiendo a su cachorro. El joven tragó saliva.

—P-por los asesinos.

—¿Qué asesinos? —preguntó Krieg.

Lord Pompis se apresuró a intervenir:

—Lo que mi amiga quiere decir es que nos quedamos de piedra cuando nos enteramos del asesinato de la marquesa. Pero creíamos que el peligro ya había pasado. ¿No es así? ¿Debemos temer por nuestra seguridad?

El joven titubeó. Después miró en derredor para confirmar que nadie le estuviera escuchando y se inclinó hacia el abuelo.

—No debería decir esto, pero fueron los safíes quienes mataron a la marquesa. Y ahora van detrás del nuevo marqués.

Sooli, que estaba al lado de Ánade, torció el gesto. Otte meneó la cabeza, pero no dijo nada.

—Estamos registrando a todo el que entra —prosiguió el joven—. No había guardias suficientes para hacerlo, así que llamaron a los finiquitadores. Ningún asesino logrará pasar. De eso pueden estar seguros. Puede que los

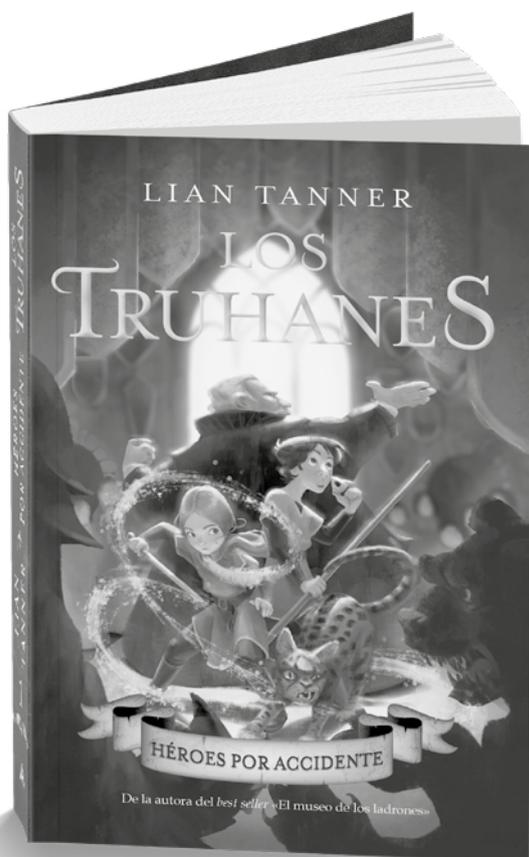
safies sean astutos, pero nos han entrenado para detectarlos a ellos y a sus maquinaciones. Observación y vigilancia, ese es nuestro lema.

Dio un golpe en el suelo con su báculo, con un gesto rimbombante, y se llevó la mano derecha al pecho.

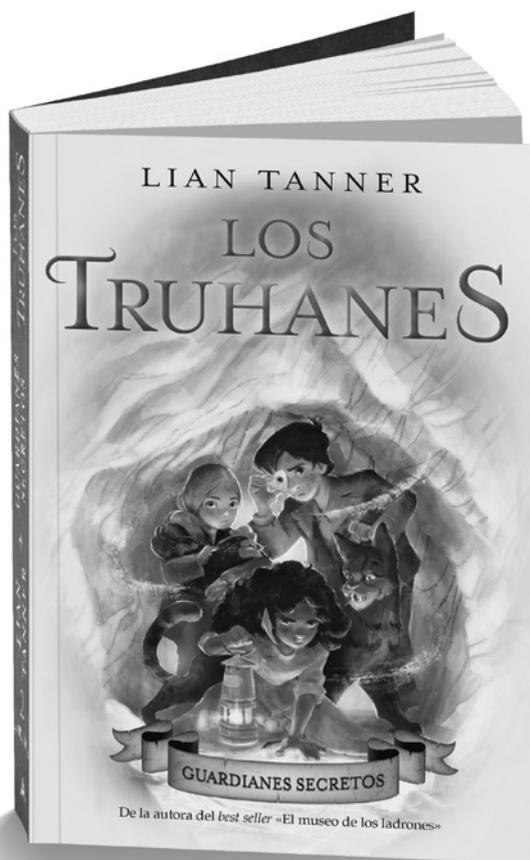
—Bendito sea el nuevo marqués. Bendito sea el Trono Leal.

Y con esas grandilocuentes palabras, esquivó por fin a la maestra de armas Krieg y prosiguió su camino sendero abajo.

Sí aún no los has leído...



LIBRO I



LIBRO II

En la ciudad de Berren ocurren cosas extrañas.
Desaparece gente, brotan árboles de la noche a la mañana,
pero nadie cree en la magia. Creer en ella sería un acto desleal.

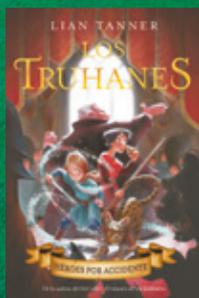


Tras escapar de las minas de sal, Ánade, Collejo, Sooli y Otte regresan a la Fortaleza para averiguar quién es el responsable de reanimar al sanguinario Corrupio. Pero con la hidalga von Eisen como regente, lo único que les aguarda allí es una mazmorra y el hacha del verdugo.

Los niños se esconden dentro de los muros de la Fortaleza, mientras buscan pistas a la desesperada. Y cuando llega, el Corrupio enfrenta a amigos y aliados entre sí. El tiempo se agota. Sin más apoyo que el de una gata, un fantasma y una gallina que ha olvidado su verdadera identidad, tendrán que usar todo su ingenio y toda su magia para derrotarlo.



Si aún no los has leído:



1578707

ISBN 978-84-698-8865-0



9 788469 888650

www.anayainfantilyjuvenil.com

ANAYA